

do el corazón. El senador marchaba tranquilamente sin sospechar que le seguían. A la altura del café de los Embajadores, Thauziat detuvo á su amigo. Se escondieron detrás de un grupo de plautas y esperaron. Lereboulley anduvo aún veinte pasos, se detuvo delante de una puertecilla oculta por la hiedra y disimulada en la verja del jardín, miró maquinalmente á derecha é izquierda como para cerciorarse de que no le espiaban, y luego, haciendo girar la llave en la cerradura, entró.

—¡La miserable! Me ha dado á entender que era su padre.

Thauziat se encogió de hombros.

—Eso es lo que dice generalmente para explicar el lujo con que vive. Desde que está en París, Lereboulley se compromete por ella. Eso explica el odio de Emilia. Ahora sé su amante si te acomoda; pero no la robes, porque sería inútil, y sobre todo, no te cases con ella porque sería vergonzoso.

—¡No la veré más!

—Eso es exagerado. Se la debe ver, pero no creerla.

Luis cogió la mano de su amigo, y dijo, estrechándola cariñosamente:

—Perdóname lo que te he dicho antes: estaba loco.

—Ya no me acuerdo de lo que me has dicho. Lo que no te perdono es que me hayas obligado á hacer traición á una mujer.

Y con un violento movimiento echó el brazo por el hombro de su amigo y lo llevó lejos de aquella casa que le atraía con fuerza irresistible.

IV

Era la una de la tarde, y Elena de Graville, después de almorzar, acababa de ponerse á trabajar, cuando un discreto campanillazo la hizo ir á la puerta de entrada. Abrió y retrocedió un paso al encontrarse frente á frente de una señora anciana ricamente vestida, en quien reconoció á la señora de Hérault. La abuela sonrió á la atractiva y fresca juventud de su inquilina.

—Dispense usted—dijo entrando—si la molesto. Me han dicho que es usted una bordadora muy hábil, y tengo un trabajo delicado, que desearía confiarla.

—Tenga usted la bondad de entrar, señora—contestó la joven dulcemente—y perdóneme si la recibo en medio de este desorden.

Y señalaba con la mano las telas extendidas sobre los muebles, la máquina de coser preparada, los adornos y las pasamanerías fuera de sus cajas y cerca de la ventana desde donde tantas veces había espiado á Luis, la mesa cubierta de una magnífica pieza de seda medio bordada.

—Bien, bien—dijo la señora de Hérault—sentándose en una silla de paja—ya sé lo que es el desorden del trabajo. He trabajado durante cuarenta años de mi vida, y aun ahora me dedico á la jardinería... Pero, hija mía, me parece que usted me hace la competencia.

Y levantándose se acercó á la ventana y examinó una caja rellena de tierra que ocupaba el alfeizar, en la que crecían jacintos de diversos colores que brotaban en una enredadera.

—Esas hojas me producen una economía de cortinas en verano—contestó alegremente la joven—y como además salgo poco, las flores me hacen la ilusión del campo. Toda mi infancia corrió al aire libre, en la libertad de la campiña, y lo que más me ha costado al venir á Paris ha sido vivir encerrada... Pero á todo se acostumbra una—añadió sonriendo.

—Tiene usted filosofía.

—Es preciso. Procuro no ver más que el lado bueno de las cosas; de lo contrario, se me agriaría el carácter y sería muy digna de lástima.

—¿Y no lo es usted?

—No, señora, materialmente al menos, porque gano holgadamente mi vida. Moralmente, sí. Hace un año tuve una gran pérdida, de la que no me consolaré nunca.

Y como la señora de Hérault la interrogaba con la mirada, añadió:

—Perdí á mi madre, y quedé sola en el mundo.

La obrera enjugó una lagrima, y dijo:

—Perdone usted, señora, que la haya importu-

nado con mis desgracias. ¿Tiene usted la bondad de decirme en qué le puedo ser útil?

La señora de Hérault desenvolvió un paquete cuidadosamente atado con cintas de color de rosa lo abrió y sacó un maravilloso chal de crespón de la china bordado de diversos colores.

—Vea usted este pañuelo, que tiene para mí el valor de un recuerdo. Lo tenía como tapete en una mesa de mi dormitorio, y mi doncella ha cometido la torpeza de quemar una punta. Me han dicho que usted borda como un ángel. Sé que esto es muy difícil, porque parece una pintura. Vea usted, hay pájaros y flores de matices muy variados y muy delicados. ¿Podría usted encargarse de rehacer lo destruido?

Elena examinó la tela. Parecía experimentar un secreto placer tocando aquel maravilloso tejido. Su naturaleza aristocrática se denunciaba en aquel gusto por las cosas delicadas, y sólo al verla desplegar y arrugar el chal se adivinaba que procedía de una raza creada para la elegancia y el lujo. La señora de Hérault la dejaba seguir su examen, y á su vez pasaba revista á la modesta habitación de la joven. A despecho del desorden de que Elena se había excusado, había en todo una pulcritud admirable.

El mobiliario relucía perfectamente limpio. La disposición misma de los objetos no tenía nada de vulgar, y un pequeño espejo con marco de peluche, una mesa llena de chucherías sin valor, un estante con algunos libros encuadernados, restos de un bienestar que había desaparecido, revelaban

que la inquilina de aquella pobre vivienda era muy superior á su condición. Encima de la chimenea un retrato representando un hombre joven y elegante sonreía en un marco negro. Un ramo de violetas de poco precio estaba colgado debajo como un piadoso ex-voto. La abuela lo miró algunos instantes. Nada en aquella fisonomía despertaba sus recuerdos. Al fin se volvió preguntando á la obrera:

—¿Es su padre de usted?

—Sí, señora—respondió Elena bajando la voz como si hablara en una iglesia.

—Me han dicho que se llama usted Elena Graville—añadió la anciana.—Yo he conocido en Normandía una aldea de ese nombre, situada cerca de Saint-Aubin. ¿Es usted de ese país?

—Nací en el castillo de Graville—dijo gravemente Elena.

Las dos mujeres permanecieron silenciosas entregadas á sus recuerdos. La joven veía el parque con sus añosas encinas, sus cuadros verdes en declive hacia el Scie, los manzanos llenos de flor en la primavera y cargados de fruta en el otoño. Creía sentir en el rostro el viento fresco y salitroso del mar que daba á las plantas un sabor nutrido y que hacía más pura la leche de las vacas manteniéndolas con aquellos pastos. En la altura se dibujaba la balaustrada de la terraza del castillo, y á través de las lilas veía á un hombre y á una mujer que paseaban al sol. El hombre era esbelto y se parecía al retrato colocado sobre la chimenea. La mujer, rubia y blanca, sonreía dichosa. Elena les

seguía con la vista, luego desaparecían en una revuelta del bosque y la terraza quedaba vacía y triste, como lo era entonces su vida.

La señora de Hérault había evocado el taller ennegrecido por el humo, con su ruido de martillos y el resplandor de los hornos incandescentes. Veía á Hérault con los brazos desnudos y los cabellos dorados por las escorias del cobre, buen mozo, con sus rubios bigotes y su tez clara de normando. Le seguía de noche por las praderas á la orilla del río, y enardecidos por la temperatura de la primavera, embriagados por el perfume de los campos, cambiaban el primer beso. ¡Cuántas lágrimas le habían seguido! Recordaba el tío Gandon furioso y humillado por el abandono de su hija, que amenazaba con matar á Hérault. ¡Qué de noches sin sueño hasta que la dama del castillo entró en la taberna llevando al seductor, que se decidía á pedir á su padre la mano de Fifiñal Y de allí habían venido la felicidad y la fortuna. Todo se debía al impulso de una mujer generosa, cuya única descendiente se encontraba ahora más pobre y más abandonada que lo había estado nunca la hija del tabernero.

—¿Con que ha nacido usted en el castillo de Graville?—preguntó la señora de Hérault.—¿Su padre de usted se llama Enrique?

—Sí, señora—contestó Elena con asombro.—Pero, ¿quién ha dicho á usted?...

—Señorita—repuso la anciana con orgullo y enternecimiento—cuando yo no era más que una pobre costurera de aldea iba á coser al castillo y

he hecho saltar á su padre de usted muchas veces sobre mis rodillas. Al verla en una posición tan precaria, al pensar que usted y los suyos han podido conocer la miseria, experimento una gran amargura, y me acuso como de una horrible ingratitude de haber dejado á la casualidad la satisfacción de acercarme á usted.

—No se ocupe usted de mí, señora—interrumpió Elena.—Aseguro á usted que no carezco de nada, y, gracias á Dios, mientras mi madre ha vivido, he podido atender á sus necesidades.

—Es usted una valiente joven, y me alegro de encontrarla así. Yo le debo todo á su familia de usted. Lo poco que soy lo hizo con su bondad y su generosidad. Su abuela de usted me dió el dote que permitió casarme con Hérault, y con ese dinero comenzó el edificio laborioso de nuestra fortuna. Si somos ricos es por la señora de Graville. Sin ella, Hérault, hubiera vegetado simple obrero en una fábrica de provincia, y yo habría permanecido en casa de mi padre. Nuestras fuerzas, nuestra actividad común no se hubieran reunido, y nada de lo que hemos logrado se habría podido intentar siquiera. Ya ve usted, señorita, que debo mucho á sus deudos, y, por consiguiente, á usted, y aún me dará nuevos motivos de agradecimiento si me permite pagar tan sagrada deuda.

La señorita de Graville retrocedió avergonzada. No comprendía claramente á dónde iba á parar la anciana. Presentía algún repugnante ofrecimiento de dinero que la hubiese rebajado al nivel de una mendiga, á ella que ganaba su vida y no pedía

nada á nadie; y concentrándose en sí misma herida y humillada, contestó:

—Señora, me felicito de los servicios prestados á usted por mi familia; pero no encuentro en ellos nada que la obligue... Guarde usted sus dones para las verdaderas necesidades. Yo, mientras encuentre trabajo, me bastaré á mi misma.

La señora de Hérault, con su instinto natural, comprendió lo que pasaba en la mente de Elena. Adivinó el efecto que su proposición la había causado, y queriendo desvanecerlo, se acercó á la joven y le dijo, cogiéndola afectuosamente la mano:

—Es preciso ser indulgente, hija mía, con una pobre vieja que no ha tenido nunca más guía que su corazón. Yo no la ofrezco á usted dinero; esté usted tranquila. Sé con quién trato. Usted pertenece á una raza que da y no recibe. Pero yo tengo muchos años y no tengo más que un nieto que me acompaña poco, no por falta de cariño, sino porque, lanzado en el mundo, le retienen sus placeres. Estoy casi siempre sola, y muchas veces he sentido no tener una nieta. Ella hubiera permanecido al lado de su abuela, y yo no hubiese conocido la tristeza del aislamiento. Al ver á usted me ha parecido que la casualidad me había enviado lo que deseaba, y he pensado pedirle que venga usted á desempeñar á mi lado el papel que hicieron los suyos, siendo á su vez mi bienhechora, ayudándome á terminar mi vida, como ellos me ayudaron á empezarla.

Al oír estas palabras que salían del corazón, Elena sintió sus ojos llenos de lágrimas, y viendo que

la señora de Hérault le tendía los brazos, se arrojó en ellos sin vacilar.

—¿Acepta usted?—exclamó la anciana con alegría.

Elena se desasíó de los brazos que la retenían como prisionera, y contestó lentamente:

—No puedo contestar aún, señora.—Estoy profundamente agradecida á usted, pero quiero reflexionar y no ceder á un primer impulso sentimental que pudiéramos lamentar las dos algún día. Perdóne usted mi franqueza, pero he adquirido desde hace mucho tiempo la costumbre de dirigirme á mí misma, y tengo más decisión de la que corresponde á una mujer. Lo que usted me propone en este momento es abdicar mi libertad, renunciar á mi modesta, pero tranquila existencia, para ir á vivir con usted que tiene todas las apariencias de la bondad, pero á quien no conozco, en un mundo que me parece sembrado de perfidias y peligros. Si yo me decidiera á hacer lo que usted me pide no podría retroceder, sino muy difícilmente. Las nuevas costumbres que habría adquirido harían mi pobreza más pesada, y en este cambio que debía considerar favorable podría no cosechar más que desaliento y tristezas. Es necesario que lo piense y pese el pro y el contra. Una vez resuelta, sea la que quiera mi determinación, nada podrá hacerme cambiar.

—Veo—dijo la señora Hérault—que tiene usted carácter. Esto me sorprende y me encanta, á mí que no lo he tenido nunca y he hecho siempre lo que los demás han querido. Hérault mandaba en

la casa, y yo me limitaba á hacer cumplir sus órdenes. Luego mi hijo recogió en sus manos la autoridad, más flojamente, es cierto, pero continué obedeciendo. Hoy Luis es el amo, y ese, hija mía, no necesita más que sonreír para que me anticipé á sus caprichos. Hago mal, lo conozco, pero ¿qué remedio? Sería preciso dirigir á ese chico débil y ligero en vez de aprobar todo lo que hace.

Es una fatalidad que el hijo no valga generalmente lo que el padre, y que la fortuna ganada por el abuelo sea casi siempre disipada por el nieto. Nuestros negocios, antes prósperos, hoy languidecen por falta de impulso, y como decía mi marido, toda fortuna que no aumenta, disminuye. Mientras mi nieto esté soltero no viviré tranquila. ¡Hay tantas bribonas, sin contar el juego y las carreras para acabar con el dinerol Cuando se case, le conozco bien, y se que entrará en orden, porque es una naturaleza dulce y buena. Adorará á su mujer, amará á sus hijos y recobrará la dirección de los negocios en lugar de dejarla á un estúpido consejo de accionistas. Entonces bendeciré al cielo y cesarán mis inquietudes. Para para obtener este resultado necesito tener á mi lado quien me aconseje y me sostenga. Soy vieja y hay muchas cosas que no sé ni aprenderé ya. Deme usted el auxilio de su perspicacia y de su tacto. Juzgue usted el bien que puede hacer, y comprenda que va á prestarme un servicio en lugar de recibir un favor.

Elena no contestó. En pie al lado de la ventana miraba pensativa un rayo de sol que doraba las hojas de su enredadera. La veía enlazando sus ta-

llos flexibles á la antigua casa y dándola un aspecto de alegre juventud. Despojada de su adorno de ramaje y de flores, la pared aparecía negra y triste. Y hacia en su cuarto una comparación entre ella y aquella planta cultivada todos los días por sus manos. ¿No debía su bella y fresca juventud ser el ornato de la antigua familia, como la tierna y delicada enredadera lo era del edificio? El destino parecía haberla colocado allí para que con solo extender los brazos pudiera cumplir su misión benéfica.

Y evocada súbitamente, pasó ante sus ojos la graciosa y elegante silueta de Luis, vestido de luto, atravesando el patio á horas fijas y viviendo como un hijo modelo al lado de su abuela. ¿Sería posible, como decia la anciana, que tuviese alguna influencia favorable en la vida del joven, que ayudase á la abuela á separarle de malas compañías que le alejaban del hogar de su familia? ¿Qué relación habia entre aquel loco audaz que la habia seguido la vispera acompañado de su amigo y el huérfano dulce y soñador que ella habia espiado durante tantos días desde su ventana? ¿No seria acaso aquel compañero moreno y de rostro altivo su genio del mal? Si ella pudiera disputárselo, volverlo á la razón, á la prudencia, y en lugar de un calavera inútil y gastado, hacer de él un trabajador capaz y vigoroso. ¡Pero en provecho de quién realizaria esta obra de salvación! Llegaria una joven desconocida que seria prometida á Luis, y á quien tomaria por esposa. La abuela habia dicho que no viviria tranquila hasta que estuviera ca-

sado. Y ¿quién seria la que un día llevase el nombre y asegurase el porvenir de aquella familia?

Una voz misteriosa la decia al oído: «Serás tú. No tienes más que querer y tu destino cambia. Quizás serias más feliz permaneciendo en tu mediocridad, pero el combate de la vida te llama y no puedes abandonar tu puesto. Tú serás la protectora de esa casa, la defenderás y la salvarás. Esta obra no se hará sin grandes sufrimientos y muchas amarguras. Pero tu virtud es aceptarla y tu orgullo veria terminada.»

Elena se estremeció. Le parecia que habia á su lado un sér invisible que la alentaba. Oía pronunciar claramente esta palabra: «¡Voluntad, voluntad!» Miró aturdida en torno suyo, se vió sola con la señora de Hérault, y comprendió que quien hablaba era su alma.

—Hija mia, dijo con bondad la anciana, hace cinco minutos que usted reflexiona y ahora estaba muy lejos de mí, ¿no es verdad? No quiero abusar de usted ni molestarla con mi presencia. Pero ¿me dejará usted marchar sin darme alguna esperanza?

En el bello rostro de Elena brilló una sonrisa y dijo tendiendo la mano á la señora de Hérault:

—Déjeme usted el trabajo que me ha traído; desde este momento no me ocuparé en otra cosa. Mi aguja irá de acuerdo con mi pensamiento y cada puntada que dé me unirá á usted más sólidamente. En tanto que meditaré, usted consulte con los suyos porque si entro en su casa no quiero que sea como una intrusa y sólo deseo encontrar miradas amigas y manos abiertas. Cuando haya con-

cluido este bordado iré á llevárselo á usted, y si sus intenciones no han cambiado y mis resoluciones están de acuerdo con ellas, decidiremos del porvenir.

La señora de Hérault aprobó gravemente con la cabeza, cogió á la joven por el talle, la besó tiernamente y dijo despidiéndose:

—Trabaje usted mucho para no hacerme esperar.

El mismo día cuando Luis bajó á almorzar, un poco pálido y muy triste, la señora de Hérault le contó su visita con entusiasmo. El escuchó en silencio y tal vez sin pensar en lo que oía. Estaba muy lejos del Faubourg-Poissonnière y daba vueltas con el pensamiento alrededor de una casa de la avenida Gabriel. Veía en una habitación del piso principal entrar silenciosamente un hombre grueso de cara rapada. Una mujer en estudio desaliño le acogía con una sonrisa; él la estrechaba en sus brazos. A la discreta claridad de una lámpara de noche las trenzas de cabellos dorados se extendían sobre sus hombros blanquísimos, una sonrisa embriagadora animaba aquel rostro delicioso y la mirada de sus ojos color de cielo, brillaba con encanto irresistible. Era la misma cabellera de oro que le había envuelto en sus ondas perfumadas, la misma sonrisa que le había hechizado, y la misma mirada cuya dulzura sentía aun en el fondo de su alma. Había tenido aquel talle entre sus brazos y aquellos labios de rosa se habían posado en los suyos. ¿Cómo estaba allí aquel hombre? ¡Y qué perfidia infame proyectaba aquella mu-

jer en la que no podía pensar sin estremecerse de amor!

La señora de Hérault, tomando por atención la preocupación de su nieto, continuó:

—La he pedido que venga conmigo y no me deje más. Si acepta, creo que tú no tendrás inconveniente.

Él no dió más importancia á esta cuestión que si se hubiese tratado de otra señorita de compañía y contestó:

—Lo que tú quieras, abuela.

La señora de Hérault abrazó á Luis.

—Eres muy bueno—le dijo.—Yo temía que el ingreso de una extraña en la casa, te molestase.

Luis movió negativamente la cabeza y tornó á sus tempestuosos pensamientos. Después del almuerzo, volvió á la habitación que ocupaba en el piso segundo del hotel, y tendido en un sofá, en su cuarto de fumar, trató durante dos horas de marearse con cigarrillos opiados, sin conseguir otra cosa que exaltar su imaginación. Siempre veía provocadora y lasciva á la hermosa mujer de los cabellos dorados en brazos de su nocturno visitante y rugía de cólera y de celos al pensar en la dicha de Lereboulley. El paroxismo de su exaltación le sugería ideas locas. Pensaba: «Yo soy tan rico como él y más joven. ¿Por qué no ha de ser mía? Ya que es una cortesana la pagaré. Me representará otra vez la terrible comedia de que he sido juguete esta noche. Ella está dispuesta, toda vez que me espera hoy mismo, en este momento. Engañará á Lereboulley por mí y me engañará á

mí por otros.» Y dejó escapar una risa furiosa y gritó golpeando un velador que hizo pedazos:

—Su sonrisa, su mirada, sus cabellos, su cuerpo, serán de todos los que puedan pagarlos, como habrán sido míos. No. Mil veces no. No quiero. No seré burlado por ella. De mí no se reirá con otro.

Dió algunos pasos por la estancia, se paró delante de la chimenea, miró el reloj y vió que eran las cuatro. Llamó á su ayuda de cámara, pilló su carruaje y se vistió. A las cinco salió y se hizo llevar al círculo imperial. Allí estaba casi seguro de encontrar á Lereboulley y á Thauziat; allí estaba á doscientos pasos del hotel Olifaunt. Por más que juraba no volver á pensar en Diana, iba al encuentro de su amante y se emboscaba casi al lado de su casa.

Hacia un tiempo hermosísimo; el calor ya muy fuerte llevaba gran concurrencia á los Campos Eliseos, y por la calle Real la circulación era inmensa. Los salones del círculo estaban casi vacíos y el juego languidecía. La mayor parte de los concurrentes estaba en el jardín en forma de terraza que domina toda la plaza de la Concordia y hace de aquel sitio uno de los observatorios más agradables de París. Bajo un toldo de enté blanco y encarnado sentados en cómodos sillones, los socios del círculo hablaban fumando, al abrigo de los rayos oblicuos del sol poniente. Un fresco olor de flores embalsamaba el ambiente y un bienestar delicioso dilatava los nervios y calmaba el pensamiento. Luis atravesó por entre los grupos distraídamente algunos apretones de

mano, cambió algunos saludos y dirigiéndose á la balaustrada de piedra que da á la plaza, se apoyó de codos y permaneció allí mirando desfilar sin verlos los carruajes que se dirigían al bosque. Fumaba de prisa, tirando un cigarrillo para encender otro, con la cabeza vacía y el corazón lleno de amargura. Hacía una media hora que estaba allí, cuando una mano se apoyó en su hombro. Se volvió y vió á Lereboulley alegre y sonriente. Un criado traía un sillón de jardín para el senador. El obeso personaje se dejó caer enjugándose la frente inundada de sudor.

—Hace un calor sofocante—dijo.—He andado por obedecer á mi médico y estoy sudando á mares.

Luis miró á Lereboulley. El padre de Emilia vestía con un esmero propio del galanteador de oficio. Bajo el *jaquetto* que oprimía su abultado talle, llevaba un chaleco blanco. Un pantalón gris claro cubría sus enormes piernas. Calzaba medias de seda y zapatos de charol. Una corbata azul con pintas blancas se anudaba negligentemente bajo su triple barba, y cubría su cabeza un sombrero de fieltro gris con cinta negra. En la mano llevaba un soberbio junco con puño de oro cincelado.

—¿Ha visto usted hoy á Thauziat?—dijo encendiendo un cigarro.

—No—contestó Luis.

—Esta mañana he hablado largamente con él—añadió el senador. Se trata de un gran negocio que me proponen y sobre el cual quería saber su opinión. Ya sabe usted qué buen golpe de vista tiene. Cuando después de estudiar un proyecto lo

cree posible, se puede uno embarcar sin miedo. No he encontrado nadie que tenga más olfato que él, y como la especulación de que se trata es grande y complicada...

—¿Y á mí qué me importa?—interrumpió Luis secamente, irritado al ver que aquel hombre á quien de buena gana hubiese estrangulado le hablaba con tanta tranquilidad de negocios.

—¿Cómo que no? Los dos tenemos intereses comunes y precisamente esos intereses entrarían en juego. Yo no puedo hacer nada sin usted.

—No estoy en disposición de ocuparme en esas cosas.

—Sin embargo, creo que me hará usted el favor de escucharme. Hay aquí una mina de oro que explotar, gracias á la cual podría usted reponer en poco tiempo la brecha que ha abierto en su fortuna. Se trata sencillamente de un cable trasatlántico que se ha de tender entre Francia y América para que dejemos de ser tributarios de los ingleses. Su padre de usted ya entabló en otro tiempo negociaciones sin obtener ningún resultado. Pero hoy las hemos reanudado bajo otros auspicios. Se funda una gran sociedad americana. Nosotros por nuestra parte formamos la sociedad francesa, proporcionamos capitales para que funcione y suministramos el cable. Aquí entra usted, amigo mío, con su fábrica de San Dionisio, para contribuir á la parte material de la obra. Es trabajo importantísimo, muy largo y de grandes beneficios...

—Bien, haré estudiar un proyecto en las oficinas...

Lereboulley levantó la cabeza y fijó en el joven la penetrante mirada.

—¿Qué tiene usted?—preguntó.—No está usted hoy en caja.

—Un poco de jaqueca.

—Vamos; consecuencia de la fiesta de anoche. Aquí me tiene usted á mí que soy más viejo y estoy como si tal cosa, á pesar de que salimos á la misma hora...

—Habrá usted dormido en una cama mejor que la mía—replicó el joven sonriendo con amargura.

—¿Que quiere usted decir?—preguntó Lereboulley con alguna inquietud.

—Nada que no sea verosímil. Todos conocemos las costumbres de usted y se puede apostar cualquier cosa á que no ha ido usted á su casa esta madrugada.

—No sostendré la apuesta—contestó Lereboulley con fatuidad.—porque podría usted ganar.

—¿Y se trata naturalmente de una mujer de la buena sociedad?—preguntó Luis.

—De la mejor. Yo no sé si usted será como yo, pero no puedo soportar las cortesanas. Antes todo me parecía bien. Con tal que la mujer fuera guapa ya no pedía más. Luego me hice más exigente; quería por lo menos la apariencia del buen tono, aunque no tuviera la realidad absoluta.

—Vamos, si, el similar.

—Pero ahora necesito la autenticidad completa, la certidumbre de que no hay nada falso, ni el nombre, ni la posición.

—Pues tenga usted cuidado, querido; hay metal blanco que parece plata.

—¡Oh! Yo lo tengo contrastado.

De pronto calló el senador. Una victoria bajaba de la calle de Bois-y d' Anglas al trote de dos magníficos caballos. Guarniciones, libreas, todo ostentaba una elegancia perfecta. Medio re-costada en el fondo del carruaje, sonreía la señora de Olfaut, vestida con un precioso traje negro que hacía resaltar la frescura de su tez y el brillo de sus cabellos. Como por una casualidad hala üeña, en el momento de pasar el carruaje al pie de la terraza, el cochero detuvo el paso de sus caballos que piafaron un momento. Luis palideció al ver aquella aparición que encendía su cerebro y torturaba su corazón. Sus ojos se fruncióron, y atusando con mano nerviosa su bigote rubio, permaneció apoyado en la balaustrada, con las venas hinchadas, la respiración fatigosa y contemplando á Diana, con vivos deseos de insultarla.

Lereboulley se levantó radiante. Un relámpago de orgullo iluminó su rostro. Había experimentado una satisfacción inmensa. Aquella mujer hermosa, que tanto le enorgullecía se presentaba á rendir secreto homenaje á su dueño y señor. Todo aquello que seducía y brillaba á sus pies, era suyo. No tenía más que hacer una seña, el carruaje paraba, él subía, se sentaba al lado de Diana y la ostentaba ante todo París reunido. Pero el misterio de sus relaciones con ella, le satisfacía más que la ostentación pública. Su analogía con Júpiter, descendiendo en secreto á la morada de aquella mo-

derna Danae, le encantaba. La comedia que representaba era un aperitivo para su amor. Cada vez que entraba furtivamente por la noche en casa de la inglesa sentía un sudor frío; creía ver á sir James presentarse detrás de cada puerta con un revólver en la mano, para pedirle cuenta de su honor. Sin embargo sabía que el inglés vivía en medio de un lujo cuya procedencia no podía ser dudosa para él. ¡No importa! Diana le había dicho que su marido era capaz de verter sangre y le tenía miedo. Por de pronto no tenía nada que temer y gozaba en paz de su dicha triunfante.

Inclinado hacia la calle y descubierto, estaba tan fascinado por el cuadro que se ofrecía ante su vista, que ni siquiera había reparado que Luis, sin hacer más que tocar el ala de su sombrero, se había vuelto y afectaba mirar hacia el jardín. La señora de Olfaut tocó ligeramente con la sombrilla la espalda del cochero y dijo:

—Pare usted.

Negligentemente adosado á la balaustrada, Luis observaba de reojo todos los movimientos de la joven. Bien comprendía que mandaba parar por él y no por Lereboulley, que no cabía en sí de gozo.

Había visto pintarse la alegría en el rostro de Diana cuando le vió con el senador, y la sorpresa cuando notó que apenas la saludaba, y por fin la cólera con que pudo convencerse de que estaba resuelto á no reparar en ella. Erguida, con el busto hacia adelante y las narices hinchadas, le miraba fijamente.

—¿Por qué no ha venido usted á verme antes?
—pregunto con imperio.

Luis no se movió y guardó silencio. Lereboulley, después de mirar á su compañero inmóvil, creyó que la pregunta se dirigía á él y contestó.

—Amiga mía, no sabía que usted me esperaba. No recordaba que me hubiera dicho nada.

—No me dirijo á usted—replicó Diana con impertinencia extraordinaria.—Hablo al señor de Hérault.

Pareció á Lereboulley que la tierra temblaba y el cielo se ponía de color de plomo. Dirigió á su amigo y á su querida miradas de estupefacción, y en medio de un zumbido que atormentaba sus oídos escuchó las palabras que se cambiaron entre Luis y Diana.

—Me ha sido imposible ir—se decidió á contestar el joven.—He estado ocupado.

—Alguna ocupación muy importante, sin duda ¿Y le verá á usted esta noche?

—No es probable.

—¿Mañana?

—Tampoco.

—Entonces, ¿nunca?

—Nunca.

—¿Me explicará usted lo que significa esto?

—Es inútil.

Luis se inclinó, y dando algunos pasos atrás se puso fuera del alcance de las miradas de Diana. Esta lanzó una exclamación de cólera y dijo al cochero:

—Siga usted. Al bosque.

La victoria volvió la esquina de la avenida y desapareció rápidamente.

Lereboulley seguía en el mismo sitio. En algunos segundos los pensamientos más opuestos y más violentos cruzaron por su cerebro. Lo primero que pensó fué que Diana le había engañado con Hérault y que acababan de romper imprudentemente en su presencia. Buscó entonces en el pasado indicios de una intriga entre la inglesa y Luis y no encontró ninguno. ¿Sería que Diana se ofrecía al joven y éste la rechazaba? Pero entonces ¿cómo no se recataba de él? La vispera ella había hablado con Luis en la fiesta del conde Woresoff. ¿Por qué esta explicación repentina é imperiosa por parte de ella y brutal por parte de él? Y sobre todo ¿por qué en su presencia? Aunque Diana hubiera buscado una ocasión de romper y despedirse, ¿no hubiese procedido de otro modo? Aquel hombre tan fuerte en el despacho de su casa de banca, aquel político de mirada perspicaz, se mostró débil como un niño al tratarse de la mujer que amaba, y dirigiéndose á Luis, que se había sentado y fumaba en silencio, le dijo suplicándole con la voz y la mirada:

—Mi querido amigo ¿qué sucede? ¿Por qué esa cuestión entre la señora de Olifaunt y usted? ¿Por qué esa insistencia de su parte y de la de usted esa rudeza?

Luis levantó la cabeza y preguntó con calma:

—Pero, amigo mío, ¿con que título me pide usted explicaciones? Los secretos de esa señora no le incumben á usted, según creo. Usted no es

su marido, que yo sepa... Y á menos que sea usted su amante...

—¡Luis!—exclamó Lereboulley tendiendo las manos en ademán de súplica.—Luis, no hable usted ligeramente del honor de una mujer.

—Pero si yo no hablo de ningún modo; si es usted quien me pregunta sobre puntos delicados. Yo estoy pronto á contestarle, si usted tiene un título cualquiera. No es usted ni su marido ni su amante. Entonces ¿quién es usted y por qué me pregunta?

El senador permaneció un momento indeciso. Por fin se atrevió á hablar, diciendo entre vacilaciones y circunloquios:

—Yo me intereso mucho por la persona con quien acaba usted de sostener tan extraño diálogo. Sepa usted que tengo el encargo de velar por su existencia y cumplo esta misión con un celo afectuoso. No vaya usted á imaginar lo que no es. Suponga usted, por ejemplo, que es mi pupila... sí, mi pupila. ¿No tendría entonces el derecho de preguntar por qué rogaba á usted que fuera á su casa y usted se negaba á ir? ¿Que lazos misteriosos le unen á usted á ella? Contésteme usted, yo se lo ruego... Hágalo usted aunque no le haya convalidado de mi derecho á preguntarle... Hágalo usted en consideración á nuestra antigua amistad.

Luis tuvo lástima de Lereboulley al verle suplicante, balbuciente, inundado en sudor y con las manos temblorosas. Pensó hasta qué punto podía el amor de aquella criatura degradar y empequeñecer á los hombres más enérgicos y más poderosos.

¿Habría yo llegado á este extremo?—se decía.—¿Se hubiese apoderado de mí como se ha apoderado de éste? Entonces ha sido una influencia feliz la que me ha separado de ella. Ya había introducido la locura en mi cerebro y en mi corazón. Si hubiese llegado á poseerla ¿qué hubiera sido de mí y cuál sería el imperio que sobre mí ejercería?

—Pues bien, mi querido Lereboulley—dijo tranquilamente.—Hay entre esa señora y yo un ligero pique. Anoche en la fiesta del conde Woreseff, me habló de un modo que no fué de mi agrado. Se lo dí á entender y con su tono de reina me mandó que fuese hoy á presentarle mis excusas. Como yo creía que no se las debo no la he obedecido: de aquí su resentimiento.

El senador medio se tranquilizó.

—¿Es eso todo?—dijo—¿No me engaña usted? Es que Diana es una mujer tentadora. Todos los hombres á la moda le han hecho el amor, ó se lo hacen, ó se lo harán. Yo lo he observado... pero nunca la he visto tan alterada como hoy. Hoy he visto en ella, por primera vez, un gesto, una actitud y un tono desconocido para mí. Vamos, Luis, deme usted su palabra de honor de que no es usted su amante.

Al enumerar estos síntomas acusadores, el senador volvió á su angustia de antes y Luis contestó para tranquilizarle:

—Juro á usted por mi honor que ni he sido ni soy su amante.

—¡Ah! ¡Mi querido amigo!

El senador le abrazó agradecido. Luis se desasíó riendo y preguntó al banquero:

—Diga usted, Lereboulley, ¿podría usted hacer el mismo juramento?

La pregunta era tan inesperada que el otro quedó aturdido. Dió casi un salto y después de cerciorarse de que nadie le escuchaba, contestó:

—Pero hombre ¿en qué piensa usted? Después de lo que le he dicho supone usted...

—Pues precisamente por eso.

—No, no... No vaya usted á imaginar... Es preciso saber respetar la reputación de una mujer...

—Bien la respeta usted entrando en su casa á las tres de la mañana por la puertecilla del jardín, Lereboulley quedó estupefacto.

—¿Cómo?... ¿Yo?...

—Sí, usted; esta noche, al salir de casa de Woreseff, Thauziat y yo bajábamos á pie por los Campos Eliseos. Usted iba delante de nosotros contoneándose con aire de vencedor y le hemos visto con nuestros propios ojos...

—¡Chist!—interrumpió el senador.—Pero no es lo que usted piensa...

—¿No? Entonces iría usted á hablar con sir James...

—¡Diablo de muchachol Nada de nombres, por Dios. Piense usted en la gravedad del caso... Si se sospechase...

—La mitad de Paris lo sospecha y la otra mitad lo sabe.

Lereboulley pareció contrariado.

—No creo lo que usted me dice... Si así fuese

lo sentiría mucho... Pero ya que me ha cogido en flagrante delito, tendré que confesar... Thauziat lo sabía hace mucho tiempo... Pero yo guardo el mayor secreto... Se trata de una verdadera señora... La mejor sociedad va á su casa y la recibe todo el mundo... ¡Y es encantadora! Yo he conocido muchas mujeres, pero ninguna como ella. Vea usted, querido, que sé apreciar lo bueno. Soy un veterano del amor y Diana es mi bastón de mariscal.

—Le debe costar á usted mucho.

—Pero, amigo mio, ella tiene fortuna—exclamó Lereboulley.—Posee en América terrenos heredados de su padre y en ellos hay importantes minas.

—Sí, como dice su hija de usted, siempre se puede estar seguro de que hay, por lo menos, las minas de Diana.

El rostro del senador se nubló.

—Toca usted, amigo mio, uno de los puntos dolorosos de mi situación. Mi hija odia á Diana y su actitud, respecto de ella, me causa los mayores disgustos. Usted sabe cuánto amo á Emilia. He seguido viudo por ella, pero debía comprender que hay en la existencia de un padre, libre de sus acciones, cosas sobre las cuales es necesario cerrar los ojos.

—No puede usted esperar que sea una hermana para esa señora.

—No, pero tampoco podía creer que la persiguiera con sus epigramas como lo hace. Apenas me atrevo á invitar á mi casa á Diana y á su marido. Emilia me hace estremecer á cada momen-

to... Tenga usted en cuenta que Sir James es hombre terrible y que no admite burlas en materia de honor. Es un tirador de primera fuerza.

Luis se echó á reír.

—Yo tiro mucho mejor que él. Si le busca á usted quimera, envíemelo usted.

—No, no, ¡diablo! —exclamó Lereboulley.—Si usted le rompiera la cabeza me tendría que casar con su viuda.

Los dos estaban muy contentos. El senador por que podía hacer ostentación de sus amores sin que le tachara de indiscreto. Luis porque dada la inconsistencia de su carácter, se alegraba de haber cortado una intriga en la que presentía vagamente graves inconvenientes y peligros. El sol se ponía, proyectando sobre la calle la púrpura de sus rayos. Los coches volvían á París. El círculo empezaba á estar desierto y en la terraza no quedaba nadie. Lereboulley y Luis, cogidos familiarmente del brazo, entraron en los salones. En aquel momento llegaba Thauziat. Al ver la cordialidad de los dos amigos no pudo contener un movimiento de sorpresa é interrogó á Luis con una mirada. Como si Lereboulley hubiese querido satisfacer la curiosidad del recién llegado, dijo á su amigo:

—Puesto que ha venido Clemente, vamos los tres á pedir de comer á la señora de Olifaunt. De seguro se alegrará mucho y le reconciliaré á usted con ella. Siento que estén ustedes reñidos. No conviene indisponerse con una mujer bonita. Después de comer hablaremos del cable. ¿Está dicho?

—No, es imposible. Thauziat y yo no somos li-

bres. Tenemos un compromiso para esta noche.

—Es usted rencoroso, Luis—dijo el senador moviendo la cabeza—y eso no está bien.

Dió la mano á los dos jovenes y se marchó.

—¿Por qué no has accedido á sus deseos, ya que tenía tanto empeño?—preguntó Thauziat á su amigo.

—Porque lo que he sabido desde ayer ha modificado mis intenciones y no quiero oír hablar de Diana.

Clemente miró á Luis y le vió muy tranquilo.

—Tanto mejor—le dijo.—Es mujer que no te convenia.

Comieron, dieron una vuelta por el café de Embajadores, donde oyeron con placer algunas canciones estúpidas, y á las doce volvieron al círculo donde empezaba una fuerte partida de juego. A la una de la madrugada, Thauziat fué á acostarse, dejando á Luis en disposición de ganar un dineral. A las tres la suerte había cambiado y perdía dos mil luises. Entonces volvió á su casa, con la cabeza pesada, pero el corazón vacío.

Durante una semana llevó una existencia calculada para cambiar el curso de sus ideas y olvidar á la hermosa inglesa. Se arregló para no estar nunca solo, para no tener tiempo de pensar en ella. Se levantaba tarde, almorzaba con Thauziat, iba á las carreras, comía en el círculo y jugaba por la noche. No abandonaba la mesa de juego hasta que se caía de fatiga, y de este modo se proporcionaba un sueño sin pesadillas. Durante ocho días vivió completamente fuera de su casa y su abuela

no le vió. Al cabo de una semana sintió remordimientos por el abandono en que tenía á la pobre señora. Era un lunes y ese día no comía nunca Emilia con ella, porque había recepción en casa de Lereboulley. Luis tenía la seguridad de que no se le hablaría de Diana. A las siete llegó y entró directamente en el salón. Las lámparas aun no habían sido encendidas y las grandes colgaduras dejaban la estancia en una semi-obscuridad. Cerca de la mesita, rodeada de un biombo, en que trabajaba la señora de Hérault, vió una mujer sentada que le volvía la espalda. Sin mirarla se acercó á ella y dijo alegremente.

—Buenas tardes, abuela.

Pero de pronto lanzó una exclamación de sorpresa. La mujer sentada se había levantado y con graciosa confusión había dejado ver un rostro joven y un talle flexible, en lugar de una cara de vieja y un cuerpo encorvado.

—Dispense usted—dijo Luis inclinándose—Por favor, no se moleste usted y perdone mi aturdimiento.

La joven hizo un ademán con la mano para atajar sus excusas, y saludando á Luis con una ligera inclinación de cabeza, se disponía á retirarse, cuando se presentó la señora de Hérault, seguida de un criado que llevaba luz.

—¡Ah! ¿Eres tú, hijo mío?—dijo á su nieto,
—¡Cuánto me alegro.

Ni un reproche por su larga ausencia; nada más que besos y demostraciones afectuosas en que rebosaba la satisfacción. Respuesta de la grata sorpre-

sa que le produjo el inesperado regreso de Luis, vió á los dos jóvenes cohibidos por su mutua presencia.

—¡Qué tonta y qué distraída soy!—exclamó.—Tú no conoces á esta señorita, y usted, hija mia, no conoce á mi nieto ..

E irguiendo su pequeño cuerpo, dijo presetán-dolos ceremoniosamente:

—Señorita, mi nieto Luis Hérault Gandón; hijo mío, la señorita Elena de Gravelle.

En un momento acudieron á la memoria de Luis todos los incidentes de la semana anterior. Volvió á ver á la joven seguida por Thauziat y por él hasta la puerta de la casa, recordó el interrogatorio del tío Anselmo, la emoción de la señora de Hérault cuando oyó el apellido Gravelle, que traía á su memoria un pasado ya lejano. Oyó á su abuela contarle la visita que hizo á Elena, y preocupada por el descubrimiento que había hecho, pedirle permiso para recoger á la descendiente de sus bienhechores. Arrastrado por la corriente de su vida borrascosa, había olvidado esta aventura, cuando de pronto se encontraba delante de la heroína. Le gustó por la franqueza de su mirada, por la firmeza que denotaba su boca y por la luminosa inteligencia de su frente. Su tez, un poco morena, le daba una apariencia sombría y melancólica. Todo en ella formaba un contraste singular con la coquetería, el esplendor y la blancura de Diana. Aquella gracia severa le conquistó desde luego. Juzgó á Elena una persona tranquila, reflexiva y agradable, cuyo trato le complacería, y acercán-

dose á ella la tendió la mano amistosamente, diciendo:

—Sea usted bien venida, señorita, y permítame darle gracias por la bondad con que ha cedido á los deseos de mi abuela. Yo, por mi parte, lo agradezco mucho, y ruego á usted que considere esta casa como suya.

Elena bajó la cabeza con una sonrisa que dejó ver sus dientes blancos, puso su mano en la del joven, y contestó, dejando oír por primera vez el sonido de su voz, cuyo timbre grave pareció á Luis armonioso y profundo:

—Doy á usted mil gracias por su buena acogida, y le prometo amar á su abuela como si fuese la mía.

No cambiaron más palabras, embargados por una turbación súbita que les hizo apartarse uno de otro.

La comida fué casi silenciosa y muy rápida. Los tres comensales se observaban: la señora de Héroult tratando de leer en el semblante de su nieto la impresión producida por Elena; Luis mirando á la señorita de Gravelle, que conservaba la actitud más correcta y tranquila. No se le escapó ni una palabra que no fuese natural y oportuna. Aquella joven, en veinticuatro horas, se había vuelto á encontrar en casa de la señora de Héroult siendo lo que era en la de su madre antes de la decadencia. Su buena educación la ponía al abrigo de toda burla, como una fiel armadura defiende contra un ataque insidioso. Por ese lado se sentía tranquila y segura de sí misma.

Elena notó con tristeza la palidez de Luis y las señales que habían dejado en sus ojos las noches pasadas sobre la mesa de juego. Le vió absorto y pensativo, y sospechó pesares secretos, sin figurarse que en aquel momento el joven no pensaba más que en ella y que con su ligereza natural había ya apartado de su mente toda preocupación y todo disgusto. En el salón Elena preparó y sirvió el café sin esperar á que la señora de Héroult pensara en pedirlo. La abuela, sentada al lado de su nieto, saboreaba el placer de ver á aquella encantadora joven prodigarla todos los cuidados afectuosos de que estaba privada casi siempre. Se mostraba orgullosa por haberla descubierto y contenta por haber sabido atraerla. Le parecía que en cierto modo era su obra y que algo de su encanto se reflejaba en ella. Quería que Luis notara todo lo que podía hacer brillar á Elena. Cogió del velador el pedazo de crespón de la China que le había servido de pretexto para entrar en casa de la señorita de Gravelle, y se lo enseñó maravillosamente restaurado.

—Borda como una hada—dijo—toca el piano, canta con un gusto extraordinario, y si la oyeras leer...

—Si no la incomoda el tabaco—interrumpió Luis—la declararé perfecta.

La anciana se dirigió á Elena, que se mantenía discretamente apartada hojeando un periódico ilustrado.

—¿Permite usted fumar un cigarrillo á este loco, mi querida Elena? Es necesario halagar sus vicios!

pues, de lo contrario, no le veremos en una semana.

Elena se levantó ligeramente, y contestó acercando un mechero de plata que había en una bandeja:

—He sido educada por un padre que fumaba mucho, y el olor del tabaco no me disgusta.

Volvió á sentarse y no habló más que cuando la señora de Hérault la interrogaba. La velada pasó con una rapidez sorprendente, y Luis quedó asombrado viendo que eran las once cuando á él le parecía que acababa de levantarse de la mesa. Se despidió de la señorita de Graville, besó á su abuela, y sin pensar en ir al círculo, subió á su habitación, se acostó y durmió como no había dormido nunca hacia mucho tiempo. El día siguiente almorzó con las dos mujeres y volvió para comer. Lo mismo hizo toda la semana. Y la señora de Hérault, en el colmo de la alegría, pensó que con Elena había entrado la felicidad en su casa.

V

Al cabo de tres días, Clemente de Thauziat comenzó á extrañar la desaparición de su amigo y sospechó algún misterio. Estaba acostumbrado á los repentinos cambios de Luis; pero aquella retirada súbita después de una crisis violenta, anunciaba una importante modificación en las ideas del joven. Pensó que habría encontrado alguna ocupación galante, y como no era curioso no se preocupó por averiguar dónde se metía su satélite. Necesitaba ir á Bruselas para inspeccionar la marcha de una sociedad de la que Lereboulley y él eran administradores, y se ausentó de París por una semana. El día de su llegada quiso dar al senador cuenta de su regreso, y á las cinco de la tarde se dirigió á casa de Diana.

El hotel que ésta habitaba era delicioso. Tenía la entrada por el *faubourg* de San Honorato y su fachada principal daba al jardín, cuya puertecilla se abría tan fácilmente de noche para Lereboulley. Aquella bombonera alquilada, por cuarenta mil francos al año, había sido construída para mis Ho-